

Memorias en tinta

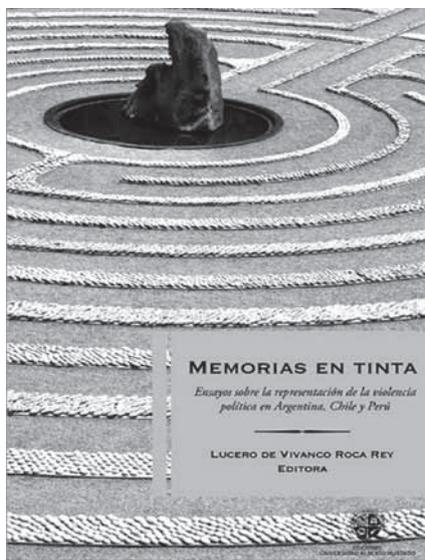
CLAUDIA SALAZAR

Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú, es un libro que reúne diversos artículos académicos que complejizan los procesos de violencia política vividos en los tres países mencionados, reconociendo sus particularidades y atendiendo de modo específico al corpus literario producido.

En la introducción elaborada por Lucero de Vivanco y Genevieve Fabry, se reconoce que “la cuestión de la violencia política, de su representación y de su presencia a la vez duradera y variada en el corpus literario latinoamericano, nos interpela como lectores y como críticos porque nos sitúa en un lugar completamente singular, extremo, limítrofe, en el que los estudios literarios colindan con la historia, la psicología o la sociología, sin renunciar por ellos al corazón mismo de la escritura como práctica artística, creadora de sentido e inteligibilidad a partir de recursos propios”. Este reconocimiento del valor de la escritura como trabajo de la memoria es el eje central del libro. Las autoras son conscientes de la importancia de los textos testimoniales en toda la producción de memoria; sin embargo vuelven sobre la capacidad de la literatura para sugerir todo lo que se resiste a la simbolización y así traerlo al lenguaje, “aun sabiendo que el resultado literario pueda estar eventualmente incompleto”. Pero este estar incompleto es precisamente el lugar donde radica la potencia de lo literario. Lo no completo es lo que permite a los lectores elaborar lo que tienen para dar de sí a un texto, tanto a nivel de la imaginación como de lo afectivo. Es el proceso de ponerse en el lugar del otro donde se funda el centro de la comunicación literaria.

El primer capítulo “Las preguntas por la representación”, nos presenta artículos de Carlos Pabón, Ana María Mar Sánchez y Jaime Villarreal. Reflexionan en torno a si se puede contar o no la violencia extrema, esa violencia que excede los límites de lo racional. Analizan las fricciones y negociaciones que se dan entre la historia, la memoria y la ficción cuando se trata de representar esta violencia.

Otra preocupación en este primer capítulo está centrada en las formas estéticas que eligen los escritores y la respuesta de los lectores. Porque escribir sobre la violencia lleva implícito el riesgo de volverse en un punto cómplice de la misma. Esta complicidad vendría por el lado de reproducir dicha violencia de una manera puramente mimética, sin someterla a un proceso crítico o de exploración a través del lenguaje como materia artística. Frente a esa explotación



Memorias en Tinta Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú.

Lucero de Vivanco (editora)
Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Santiago de Chile, 2013
478 páginas

casi morbosa de la violencia con fines de satisfacer algunas demandas del mercado editorial, cabe hacer literatura a partir de un trabajo estético que se aleje del realismo simplista y que se enfoque no en el dolor o en la victimización sino en convocar a los lectores para tratar de comprender estos procesos. Es decir, la ficción como un lugar de encuentro y de construcción de una comunidad posible. Como lo señala Jacques Ranciere: “Si uno sabe lo que quiere representar, no hay ninguna propiedad del acontecimiento que haga imposible su representación, que prohíba el arte en el sentido preciso de artificio. Nada hay irrepresentable en tanto propiedad del acontecimiento”. Lo que hay, concluye Ranciere, son elecciones estéticas y éticas.

Bajo este entrecruzamiento de elecciones, el libro nos trae capítulos dedicados a Chile, Argentina y Perú. Cada uno de ellos se abre con un mapeo del campo literario nacional a través de artículos sobre escritores y libros específicos. En el caso argentino, se menciona a Luis Gusmán, Arés Rivera, Alan Pauls, Juan Gelman, Elsa Osorio y Sara Rosemberg. En el artículo “Culpables e inocentes, héroes y traidores, cómplices y espectadores: Representaciones de la violencia política en Argentina

desde 1980 hasta el presente”, Fernando Reati fija el tono de las reflexiones de esta sección, enfocándose en los trabajos de la memoria y las producciones culturales que se siguen elaborando treinta años después, a la vez que se dibujan también las tensiones entre memoria y representación.

En el caso chileno, el artículo inicial titula “Escenarios narrativos y memoria en la literatura chilena a partir de 1973”, escrito por María Teresa Johansson. Propone las fases de la producción literaria chilena tras la escisión que supuso la ruptura del campo cultural debido a la dictadura pinochetista, hecho que marca a los escritores. Señala Johansson que esta ruptura hace que la literatura chilena se escriba principalmente en el exilio, lo que permitió articular lazos entre escritores y editoriales, así como la aparición de revistas que permitían mantener cierta comunidad transnacional. Asimismo, el testimonio de prisión política surge inicialmente como un modo de mantener vivas algunas propuestas ideológicas y a la vez facilitaron el paso a la formación de comisiones investigadoras. Se analizan obras de Raúl Zurita, Arturo Fontaine, Roberto Bolaño y Diamela Eltit.

El capítulo final “Escrituras para Perú”, inicia con “Pares-dispares: Dinámicas de simbolización de la violencia política en la literatura peruana (de 1980 al presente)”, de Lucero de Vivanco. Plantea un recorrido entre los paradigmas de representación literaria que han elaborado diversos escritores sobre los años de violencia senderista. El artículo de José Antonio Mazzotti conecta las producciones coloniales con las contemporáneas, y establece una genealogía de la escritura de la violencia en el Perú. Resaltan otros estudios sobre las relaciones entre humor gráfico y violencia. Victoria Guerrero presenta un artículo sobre los testimonios de las militantes de Sendero Luminoso. Finalmente, Mark Cox hace un balance sobre la narrativa de este período.

Cabe destacar que en el concierto de producciones sobre violencia política se revela una tendencia que podría llamarse el giro visual, que deja de lado las producciones literarias. De Vivanco rescata con *Memoria en Tinta* el valor de la literatura en estos procesos de violencia extrema en los términos siguientes: “La literatura entra tanto en el circuito de la inteligibilidad afectiva de las cosas, como también y sobre todo en la esfera beligerante de la práctica política (...) en la que se designan y administran los objetos de la vida en común, entre ellos la justicia”.